

T. BLANCH – J. A. LABARI

Los

BUSCA

PISTAS

El caso del
tesoro olvidado



Los audaces detectives Pepa y Maxi se enfrentan a una nueva intriga...

Se ha detectado una supuesta plaga de chinches en la escuela y, desde hace un par de días, un inspector de sanidad mantiene reuniones secretas con la directora para solucionar el problema. Pero no es lo que parece, ha llegado al colegio buscando algo que se esconde en lo más profundo de sus sótanos...

¡Conviértete en detective con Pepa Pistas y Maxi Casos!



Estos son **PULGAS**,
el sabueso de la agencia, y
BEBITO, el hermano de Pepa.

Su superchupete ha sacado a
los Buscapistas de más
de un apuro.



AGENCIA LOS BUSCAPISTAS

Situada en la antigua casa
de Pulgas.



**EL ANÓNIMO
DEL ANTIFAZ**, un extraño
personaje que ayuda a los
Buscapistas... pero ¿quién
se oculta bajo ese antifaz?
¡Busca pistas y descubre
su identidad!



¡OJO! LAS APARIENCIAS
ENGAÑAN



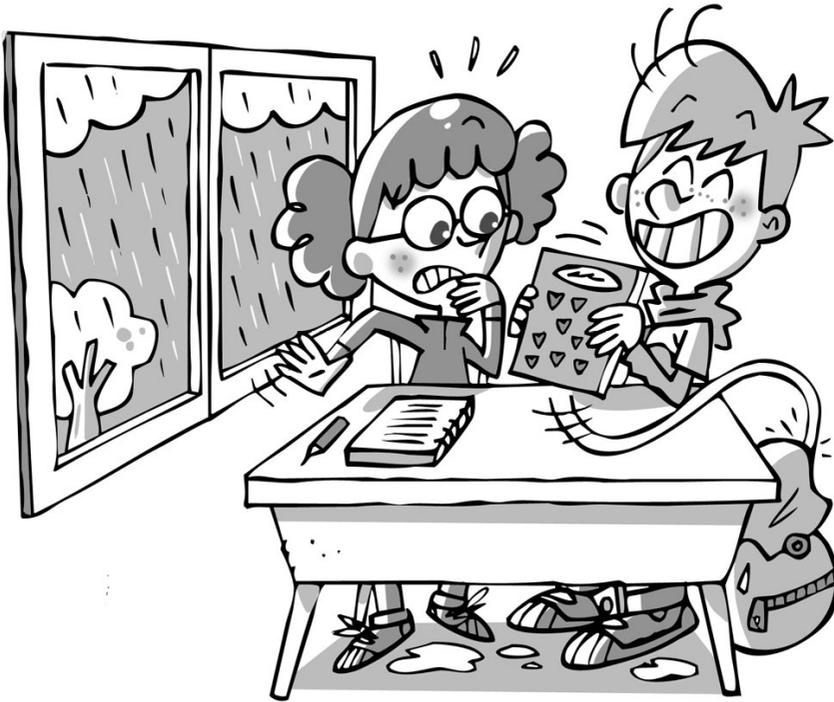
Pepa Pistas y Maxi Casos fueron los primeros en llegar a la clase. Detrás de ellos entró el resto de compañeros en pelotón. Era viernes, además de alborotados, estaban completamente empapados. En el exterior llovía a raudales.



—No podremos salir al recreo... —suspiró Pepa observando la tormenta a través de la ventana.

Maxi tiró del brazo de su amiga para que se sentara.

—Tengo que mostrarte algo... —dijo, y rebuscó en su mochila hasta sacar un espantoso cuaderno con las tapas repletas de corazones de color rojo chillón.



—¿Qué es eso?

—Mi diario —aclaró Maxi.

Pepa levantó una ceja.



¿Desde cuándo tenía uno...?

—Venía con el suplemento dominical del periódico de Basketville —explicó—. Mamá me dijo que sería bueno que empezara a escribir uno.

—¿Para qué? —Su amiga no daba crédito. Jamás le había mencionado el diario, y se suponía que entre ellos no había secretos. ¿O sí?



—Para mis secretos.

¡Pues sí, los había!

Pepa arrugó la nariz enfurruñada, ¡no esperaba semejante respuesta! Y cuando se disponía a quejarse, Luci Crespas y Cristina Lio asomaron sus cabezas desde la mesa de atrás.

—¿Zecretos? —se interesó Luci.



—Sí, pero lo que quiero que veáis es lo que guardo dentro —respondió Maxi, logrando captar la atención de las tres niñas. Lo abrió lentamente y...— ¡Tachán! ¡El último cromo para completar mi colección de *Detectives y sabuesos*!

Lo levantó por encima de sus cabezas para que pudieran verlo bien. ¡Era el cromo número 100! ¡Del que solo se habían impreso cinco únicas copias y en el que aparecía el famoso detective Lupita con una pista para completar su caso!

—¿Cómo lo has conseguido? —Pepa estaba boquiabierta.

—Verás, ayer en el supermercado de mi madre...



Un portazo interrumpió la conversación.

El golpe sobresaltó a Maxi de tal manera que se le escapó el cromo de las manos y fue a parar junto a los pies sucios de barro de la señorita Ling, que acababa de cruzar la puerta.



Y entonces, sucedió la catástrofe...

¡La señorita Ling pisó el cromo número 100!

—¡Noooooo! —gritó Maxi.

La profesora se detuvo y lo observó con semblante serio.



—¡Menudo recibimiento! —exclamó mientras se rascaba la espalda nerviosamente—. Vengo del despacho de la señora Rodeo, me ha contado...



La señorita Ling anduvo unos pasos hasta su mesa, sin dejar de rascarse. Pepa, Maxi, Luci y Cristina eran incapaces de levantar la vista del suelo, ¡el cromo había quedado hecho un asco! La clase permanecía en el más absoluto de los silencios.



—... que durante la semana que me he ausentado, habéis vuelto majareta al profesor Crispín, mi sustituto, y se marchó antes de tiempo. ¿Tenéis algo que decir?



Un chillido rompió el silencio.

¡Hiiiiiii!

Todas las miradas se volvieron hacia Maxi. De su capucha acababa de asomar la cabeza del pequeño Mouse.



—¡Sabes de sobra que no se pueden traer mascotas a la escuela! —La señorita Ling tomó aire, se dirigió a la puerta y la abrió invitándolo a salir—. ¡Recoge tus cosas y ve enseguida al despacho de la señora Rodeo!

—No aprenderás nunca... —susurró Pepa.

—Encárgate de recuperar mi cromo. —Dicho esto, Maxi guardó su diario en la cartera y se dispuso a ir al despacho de la directora.

Al llegar, encontró la puerta entreabierta. La señora Rodeo paseaba de un lado a otro. Hablaba con un tipo vestido con gabardina y sombrero. Estaba de espaldas a la puerta y Maxi no podía distinguir su cara, pero escuchó parte de la conversación.



—Le agradeceré muchísimo que se encargue usted de todo, inspector... —La señora Rodeo soltó una risa nerviosa.

—Llámeme Romeo —corrigió el hombre—. Entiendo que no quiera que el tema trascienda. Seremos discretos.

—¡Oh, Romeo! —La señora Rodeo se soltó la coleta—. ¿Le importaría rascarme la espalda?

—Verá... —El inspector parecía incómodo—. Me temo que debo irme.



Maxi decidió llamar a la puerta antes de que lo descubrieran.

—¡Adelante! —La señora Rodeo abandonó el tono de voz suave que había utilizado hasta ese momento.

Al entrar Maxi, el inspector se volvió sutilmente para ver de quién se trataba e inmediatamente se puso unas gafas de sol y se dispuso a irse.

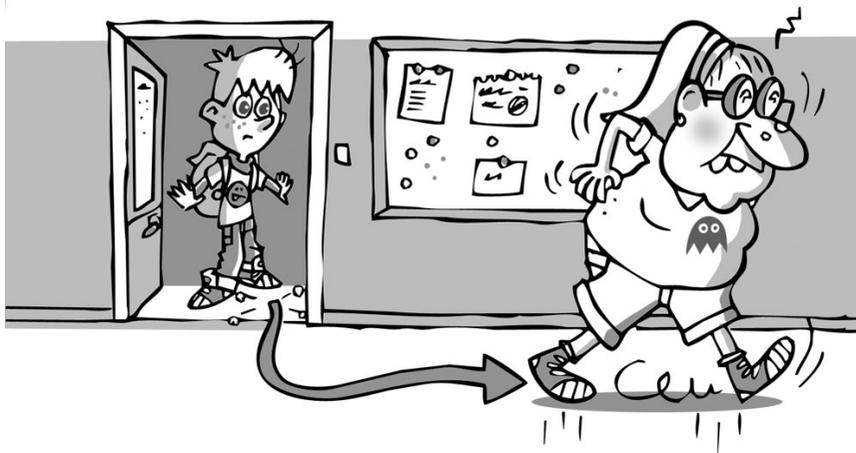


—Hasta luego, Romeo. —La señora Rodeo parpadeó varias veces. Luego se recogió el pelo en su habitual coleta y se dirigió a Maxi—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Mouse asomó la cabeza por la capucha y olisqueó el ambiente. El olfato le decía que cerca de allí había un queso esperando.

—¡Cualquier día nos cerrarán la escuela por culpa de las pulgas de vuestra mascota! —La señora Rodeo se frotó la espalda—. Este picor es insoportable. ¡Vuelvo enseguida, no toques nada!

Salió precipitadamente de su despacho.



Maxi se sentó. Mouse saltó sobre la mesa. Se paseó entre los recipientes de lápices y bolígrafos, el móvil y sobre un diario igualito...

—¡Al mío! —Sacó el suyo de la cartera y lo puso junto al de la señora Rodeo para compararlos—. Mira, Mouse, son idénticos.



Sonó el móvil de la directora.

—¿Quién será? —Maxi sentía curiosidad y miró el nombre que aparecía en la pantalla: